

BLACK DAGGER BROTHERHOOD

13 – SHADOWS

J. R. WARD

NOTA DEL AUTOR

JR Ward, vive en el Sur con su marido que es un apoyo increíble y su amado perro perdiguero, oro. Después de graduarse de la escuela de derecho, comenzó a trabajar en el cuidado de la salud en Boston y pasó muchos años como jefa de personal de uno de los centros médicos académicos de primer nivel en la nación.

CONTENIDO

Prologo — CAPÍTULO 1 a 87



BAIXARDOC

PROLOGO

TERRITORIO DE LA HISBE, GRAN PALACIO

Las huellas que quedaron en el mármol blanco eran rojas, como un rubí birmano, como el núcleo de un incendio, como la ira en su médula.

La sangre era propia, de TrezLath, pero no sentía dolor.

El arma del crimen que acababa de utilizar, un cuchillo de plata de ley sobre en ese momento su mano y tan estrecho como el dedo índice, y se encontraba todavía en su palma. El estaba goteando, pero que no estaba seguro de la fuente de la mancha que dejaba atrás. Había sido herido en una pelea. Su cadera. Su muslo. Tal vez su hombro, no estaba seguro.

El pasillo estaba a una milla de distancia y por las nubes no sabía lo que le esperaba al final. Una puerta. ¿Gó. ¿Tenía que haber una salida? ¿Alguno de los que estaba era un guardia? ¿Sabía el palacio todo lo que tenía que haber una... una salida. ¿Y cuándo llegaría a ella? No tenía idea de cómo iba a estallar. Pero también no había tenido ni idea de cómo matar a otro hombre, y que lo había hecho que hace unos minutos.

Además, no tenía un plan para lo que estaba en el otro lado del recinto del palacio o cómo iba a superar los muros de contención del Territorio. Ni idea de a dónde ir, qué hacer. Todo lo que sabía era que no podía estar en esa celda más. Era lo suficientemente lujosa, con sábanas de seda en una cama de plumas, y un baño que tenía su propia piscina y un chef privado para darle de comer. Tenía libros escritos por los amos de la sombra a su disposición, y un completo equipo de especialistas curanderos en el cuidado, de los bañistas, para ejercer como comandantes. ¿En cuanto a la ropa? Sus vestiduras estaban ahora destrozadas estaban salpicados de joyas del tesoro, diamantes, esmeraldas y zafiros en cascada en su túnica.

Y sin embargo, su cuerpo era considerado mucho más valioso que la generosidad que le dio a luz.

Trez fue el becerro gordo sagrado, el sementalpreciado, el varón cuya carta natal había proclamado que iba a engendrar la próxima generación de reinas.

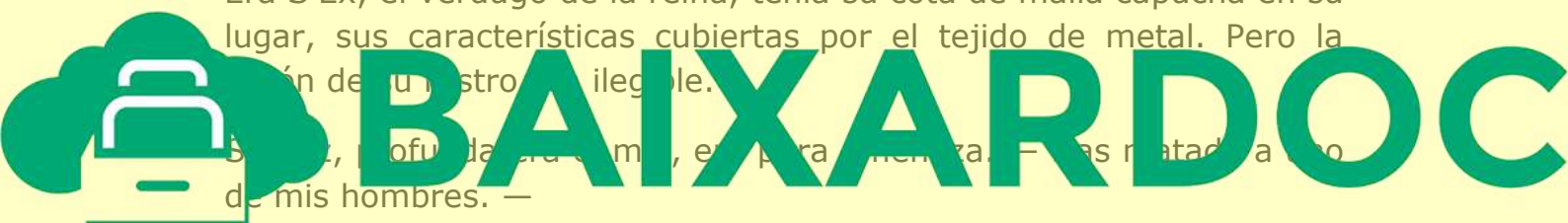
Aún no había sido puesta en servicio sexual. Eso vendría con el tiempo, cuando la princesa estuviera para aparearse y hubiera alcanzado su madurez astrológica.

Trez miró sobre su hombro. Nadie venía tras él, pero iba a cambiar tan pronto como el cuerpo arrugado de ese guardia que había subyugado fuera encontrado y no iba a ser larga. Siempre había alguien mirando.

Si tan sólo lo consiguiera.

Frente a él, una puerta que estaba al ras de la pared, se deslizó hacia atrás, y una enorme figura envuelta en negro entró directamente en su camino.

Era S'Ex, el verdugo de la reina, tenía su cota de malla capucha en su lugar, sus características cubiertas por el tejido de metal. Pero la



Trez arrastrando los pies hizo un alto, su túnica arrastrando por el suelo. Mirando hacia abajo en el cuchillo en su mano, él sabía que — con ese arma— endeble no iba a llegar a ninguna parte contra de la Sombra si le hacía frente ahora. La hoja de plata había sido diseñada para cortar las peras y las manzanas, ni siquiera carnes de lomo.

Y el verdugo no era un guardia.

— Usted está tratando de salir. — A S'Ex no le hacía falta dar un paso adelante, pero parecía estar más cerca de todos modos. — Que no sólo era inaceptable desde mi punto de vista, ponerse en contra de la ley. —

— Luego me matas como castigo, — dijo Trez con voz cansada. — Romperás mi cuerpo en pedazos y me enterraras en piezas fuera del territorio como el traidor que soy. —

— Me gustaría hacer precisamente eso. En retribución por quitarle la vida al guardia. S'Ex cruzó los brazos pesados sobre su grueso pecho.

— Pero el latido de su corazón y de la respiración dentro de los pulmones es divino. Así que ese camino no está abierto a mí. —

Trez cerró los ojos brevemente. Sus padres se habían emocionado con la noticia de que uno de sus dos hijos fraternales habían nacido en el momento perfecto en el tiempo, una condena de antemano, de las estrellas alineadas por fracción de segundo que transformaría en una bendición para la familia de ellos, con riquezas inherentes y posición social; una maldición para él que le habían robado su vida, mientras que viviera.

— Ni siquiera pienses en ello, — dijo el verdugo.

Trez levantó los párpados, se encontró con que había puesto el cuchillo en su propia garganta. Su mano estaba temblando mal, pero él estaba empujando la hoja lo suficiente para mellar la piel sobre la arteria.

Su sangre, cálida y suave, acarició por encima de su puño cerrado.

La risa de Trez parecía una locura a sus propios oídos. — No tengo nada que perder excepto una esencia de cadena perpetua por el crimen de haber nacido. —

— Oh, yo creo que sí. No, no mires hacia otro lado, esto vas a querer verlo. —

El verdugo giró la cabeza a la puerta abierta y algo fue expulsado...

— ¡No! — Gritó Trez, y su voz resonó por todo el pasillo. — ¡No! —

— Así que usted lo reconoce. — S'Ex y en sus brazos se subió las mangas, deliberadamente sonó los nudillos ensangrentados. — A pesar de mi trabajo. ¿Por otra parte, el par de ustedes han estado juntos durante cuánto tiempo? —

La visión de Trez entró y fuera de foco, mientras buscaba los ojos de su hermano. No había ninguna mirada que sostener. ¡Am no era consciente, con la cabeza colgando a un lado, con el rostro golpeado hasta que estaba tan hinchada que los rasgos fueron distorsionados. Su cuerpo estaba atado en una funda de cuero gastado que iba desde debajo de las rodillas por todo el camino hasta sus hombros y fue asegurado por un sistema de hebilla de metal. Manchas, nuevas y viejas, oscurecían el marrón de las correas y embotan el resplandor de las piezas de metal.

— Dámelo, — S'Ex ordenaba.

A medida que el verdugo se agarró a la parte posterior de la cabeza y levantó el cuerpo inerte de iAm del piso, sin más esfuerzo de lo que podría poner en una mesa una botella de vino.

— Por favor... — Trez rogó. — Él no está en esto... déjalo ir... —

Por alguna razón, su hermano estaba siendo colgado de las piernas con claridad nauseabunda. Sólo uno de los zapatos de IAM estaba todavía, el otro se había perdido en el secuestro y la tortura que había sufrido. Y ambos pies estaban apuntando hacia adentro, los dedos gordos se tocaban, uno inclinado de manera poco natural, un tobillo roto.

— Ahora, Trez, — dijo S'Ex, — qué piensa que su decisión no iba a afectar? Te lo digo para poner el cuchillo. Si lo hace, voy a aprovechar esto, el verdugo corrió el cuerpo inerte de iAm arriba y hacia abajo — y yo voy a despertarlo. ¿Sabes cómo voy a hacer eso? Voy a aprovechar esta — en la mano libre tenía un cuchillo dentado

— y lo puso en su hombro. Entonces lo voy a torcer hasta que se caiga. —

— Te voy a dar la carpeta por las piernas. — Déjalo ir. — No tiene nada que ver con él. —

— Baja el cuchillo. —

— Déjalo. —

— ¿Te lo voy a demostrar? —

— ¡No! Déjalo. —

S'Ex apuñaló el hombro de iAm tan duro, el corte de la cuchilla fue a través de la piel y entró en la carne.

— ¿Lárgate? — S'Ex ladró.

— ¿Sí? Delo caer el cuchillo de mantequilla. —

El ruido de la plata al golpear el piso de mármol fue dominado por las respiraciones duras y largas del IAM.

— Eso es lo que pensaba. — S'Ex tiró del cuchillo y iAm comenzó a gemir y toser sangre moteando el suelo. — Vamos a volver a sus aposentos. —

— Que se vaya primero. —

— Usted no está en condiciones de hacer demandas. —

Los guardias salieron de esa puerta escondida en un enjambre, todas las figuras vestidas de negro con máscaras de cota de malla. No lo toquen. No Les permito hacerlo. Ellos lo rodearon y comenzaron a caminar, empujándolo junto con sus cuerpos. Lo obligaron a volver al lugar del que había escapado.

Trez luchó contra la marea, levantándose sobre las puntas de sus pies, tratando de ver a su hermano.

— ¡No lo mates! — Grité — ¡Iré! ¡Iré, no le hagas daño! —

S'Ex se quedó donde estaba, la hoja sangrienta atrapaba la luz, cuando la sostuvo en alto. Como si considerara uno de los órganos principal...

...o como le usó. Trez. En su momento...

Algo se rompió en mí.

Más tarde, cuando la luz blanca se había desvanecido de la visión de Trez y la ola retrocedido, cuando el estruendo fue silenciado y un extraño dolor en sus manos comenzó a correr hasta los antebrazos, y él ya no estaba en pie, sino de rodillas, viendo al primer guardia que había matado esa noche estaba lejos de ser su pasado.

Él se daría cuenta de que Lo había asesinado De alguna a manera con sus manos desnudas como a todos los que le habían rodeado...

... Y S'Ex seguía allí con su hermano.

Más por las muertes que causó, y el horror ante el encarcelamiento de iAm con él, y más que la sangre con aroma de cobre era tan roja y ahora no sólo marcaba sus huellas, sino que recordaría la risa suave que se filtraba a través de los enlaces de malla que cubre la cara del verdugo.

Una risa suave.

Como que el verdugo había aprobado la carnicería.

Trez no se rió. Él comenzó a sollozar, levantando las manos ensangrentadas, desgarrando su cara.

— Las cartas astrales no mienten, — dijo S'Ex. — Usted es una fuerza en este mundo, muy adecuada para la procreación. —

Trez se desplomó hacia un lado, aterrizando en la sangre, con las joyas incrustadas en su túnica clavándose en su carne. — Por favor... déjalo ir... —

— Regrese a su cuarto. Voluntariamente y sin herir a nadie más. —

— ¿Y le dejas ir? —

— Tú no eres el único que puede matar. Y a diferencia de ti, he sido entrenado en el arte de hacer que los seres vivientes sufran. Vuelve a tu cuarto y voy a hacer que el deseo de su hermano, sea nunca haber nacido. —

Trez se miró las manos. — Yo no pedí esto. —

— No depende de mí. Su carta es, lo que su carta es. Su gran cantidad fue determinada por las contracciones de su madre. Usted lo más que puede luchar, es luchar contra ellos. —

Cuando Trez finalmente trató de levantarse, se encontró con el suelo resbaladizo. La sangre. La sangre que había derramado. Y cuando él se puso de pie, tuvo que luchar a través de la maraña espantosa de los cuerpos, pasando por encima de las vidas que él sabía que no había quitado.

Las huellas que dejó en el mármol estaban rojas. Rojas como un rubí birmano, como el núcleo de un incendio.

— Déjanos ir. Déjenos ir a ambos. —

— No depende de mí. Su carta es, lo que su carta es. Su gran cantidad fue determinada por las contracciones de su madre. Usted lo más que puede luchar, es luchar contra ellos. —

Cuando Trez finalmente trató de levantarse, se encontró con el suelo resbaladizo. La sangre. La sangre que había derramado. Y cuando él se puso de pie, tuvo que luchar a través de la maraña espantosa de los cuerpos, pasando por encima de las vidas que él sabía que no había quitado.

Las huellas que dejó en el mármol estaban rojas. Rojas como un rubí birmano, como el núcleo de un incendio.

Y ahora eran su primer juego de pistas, alejándose de la fuga que había buscado desesperadamente.

Le habría alentado saber que en unos veinte años, tres meses y una semana, y seis días a partir de ese momento, obtendría liberarse y durante bastante tiempo.

Y le habría sorprendido su núcleo De su alma adormecido en él, en algún momento después y voluntariamente regresar al palacio.

El verdugo dijo la verdad esa noche.

El destino era tan indiferente e influyente como el viento en una bandera, llevando el tejido de la existencia de un individuo de esta manera y que, sometiendo aquello que sacudió a sus caprichos sin una investigación sobre lo que la bandera puede haber deseado.

O puede haber orado.



CAPÍTULO 1

SOMBRAS CLUB NOCTURNO, CALDWELL, NUEVA YORK

No hubo golpe. La puerta de la oficina apenas se abrió como si alguien hubiera golpeado con un C4. O un Chevy. Y Trez Latimer miró el papeleo en su escritorio. — ¿Big Rob? ¿O una bala de cañón?

A medida que su segundo al mando de seguridad tartamudeó y se puso a todo tipo de agitar las manos, Trez miró por encima del hombro a los veinte por diez metros de espacio por el espejo detrás el capitán Kirk, el Comando Central. Abajo, en su club los humanos pululando alrededor de convertidos en el espacio, a cada uno en pobres bastardos enfermos que representan un par de cientos de dólares de ganancias, dependiendo de lo que su vicio fuera y cuánto

lo que necesitaba para cumplir sus deberes.

No sólo la clase de las que tendría un portero veterano después de doce años.

— ¿Qué demonios está pasando? — Preguntó mientras se levantaba y dio la vuelta.

— Yo, tú yo... el chico... él... — Encuentra tu vocabulario rápido, pensó Trez. O soy quién tiene la Palabra Perra aquí.

Por último, el gorila se ahogó, — Necesidad de ver esto por ti mismo.

Trez siguió Big Rob y corrió escaleras abajo. Su oficina era autoblocante, él no tenía secretos encerrados allí. Él, sin embargo, tiene un par de buenos sofás de cuero, y un poco de vídeos de vigilancia equipando que podría ir por las rutas, además de que no le gustaba la gente en sus espacios en un principio.

— Silent Tom está conteniendo el tema, — Big Rob gritó por encima del ruido al caer al piso.